

3755

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DOS HIJOS

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

— — — — —

MADRID

ALONSO GULLON, EDITOR.

Pez, 40, segundo.

1876.

DOS HIJOS.

—

DOS HIJOS

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Estrenada en el Teatro de Novedades el 29 de Noviembre de 1876.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
calle del Rollo, 6, bajo.

1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

| | |
|------------------|----------------|
| DOÑA TERESA..... | SRA. CIVILI. |
| JUANITA..... | LOMBÍA. |
| TOMÁS..... | SR. PALAU. |
| RAIMUNDO..... | MELA. |
| D. TADEO..... | GARCÍA (D. J.) |

La accion tiene lugar en una aldea: año de 1872.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica titulada *El Teatro*, de D. Alonso Gullon, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á CAROLINA CIVILI,

HONRA DE LA ESCENA ESPAÑOLA,

SU ADMIRADOR

José Fernandez Bremon.



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO ÚNICO.

Sala de pueblo. Entre otros muebles, sillas bajas de costura y un sillón antiguo con asiento de vaqueta: una cómoda con una imagen ante la cual hay algunos objetos de devoción y candeleros con velas: en otra mesa una bandeja con vasos de agua. Puerta en el fondo que da á la calle: á la derecha otra puerta que conduce al interior de la casa: ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TERESA Y JUANITA, haciendo labor: Juanita entrega una prenda á doña Teresa.

JUANITA. Esta quedó concluida:
empezaré otra pechera.

TERESA. Juanita, basta por hoy,
que te vas á quedar ciega.

JUANITA. No estoy cansada.

TERESA. ¡Qué importa!

Trabajas como una negra.

Se acabó: recoge el cesto.

JUANITA. Está bien, doña Teresa.

TERESA. No se merece Raimundo
que tomes esa tarea
por arreglar su equipaje:
es un ingrato...

JUANITA. Nos deja
sin motivo...

- TERESA. Le fastidia,
le aburre nuestra presencia.
- JUANITA. Si no trabajo por él...
él no repara siquiera
lo que hacemos, solo trato
de evitarle á usted molestias;
á usted que me recogió
viéndome pequeña y huérfana.
- TERESA. No hablemos de eso.
- JUANITA. Raimundo
es un loco, un calavera
sin corazon.
- TERESA. Un mal hijo
que me acorta lo existencia.
- JUANITA. ¡Dejar la paz de su casa
por los peligros de América!...
- TERESA. Siempre he de tener un hijo
en esa lejana tierra.
- JUANITA. El pobre Juan, no marchó
por su gusto...
- TERESA. La obediencia
le obligó á arrostrar en Cuba
los azares de la guerra.
Juan no hubiera abandonado
á su madre.
- JUANITA. Son tan tiernas
sus cartas...
- TERESA. Y por desgracia
tardan mucho y escasean.
- JUANITA. Há tiempo que vino la última.
- TERESA. ¡Cuatro meses! (Saca la carta.)
En la letra
temblorosa, su emocion
claramente se revela. (Leyendo.)
«Madre, ya no soy soldado,
he cumplido en esta fecha;
y paso el dia esperando
con ansiedad la licencia.

A mi patria me debía
 y la he pagado mi deuda;
 harto de guerra, deseo
 el reposo de la aldea.
 Me pesa la carabina,
 y me parece ligera
 la azada con que en mi pueblo
 sacaba el pan de la tierra.
 No quiero mas cafetales
 ni maniguas, ni palmeras;
 necesito ver un campo
 con espigas y con cepas.
 Me hace falta el sol de España
 y los aires de esa sierra,
 y caer lleno de gozo
 en los brazos que me esperan.»
 ¡Hijo de mi alma! A un tiempo
 temo y deseo su vuelta.

JUANITA. A mí me pasa lo mismo,
 sí; Raimundo solo espera
 la llegada de su hermano
 para tomar la maleta...

TERESA. Y la vuelta del mayor,
 el hijo menor me cuesta.

JUANITA. Que no deja de ser hijo
 aunque sea algo tronera.

TERESA. Y que Juan... vuelve; y Raimundo
 es probable que no vuelva.

JUANITA. (Con desconsuelo.)
 Sí, señora, es muy posible.

TERESA. ¿Te aflijes?

JUANITA. Me dá tristeza.
 Juan debe estar en camino.

TERESA. Si no ha escrito.

JUANITA. Tal vez tenga
 intencion de sorprenderles.

TERESA. Tengo miedo á las sorpresas.

JUANITA. Yo estoy temblando...

TERESA.

Temblamos

por emociones diversas.
 Mi temor es que mis brazos
 le reciban con tibieza,
 que le den frio mis besos,
 que las lágrimas que vierta
 no sean por el que viene,
 sino por el que se ausenta.
 Que en vez de hallar en su casa
 júbilo y caras risueñas,
 entre aquí, como si entrase
 en una casa desierta.
 ¡Pobre Juan!

JUANITA.

Sí, todos dicen
 que tiene un alma muy buena;
 pero al otro le conozco,
 y trato desde pequeña;
 y al fin nos ha acostumbrado
 á su humor y á sus ideas,
 y el dia en que está de broma,
 nos pone á todas contentas.
 Cuando salga de esta casa
 voy á tener una pena...

TERESA.

(¡Pobre chica!) Sin embargo,
 como tiene esa cabeza,
 se aburrirá en todas partes,
 y volverá.

JUANITA.

Dios lo quiera.

TERESA.

(Yo consolando á esta pobre.
 Pero... á mí, ¿quién me consuela?)

ESCENA II.

DICHAS, DON TADEO, que entra sombrero en mano y con un gorro
en la cabeza.

D. TADEO. ¡Ave-María!

JUANITA. ¡El maestro!

(Juanita coloca el sillón para que se siente el maestro.)

D. TADEO. Muy buenas tardes.

TERESA. Muy buenas.

D. TADEO. (A Juanita.)

Ya me preparas el trono... (Sentándose.)

El sillón que hay en mi escuela
no es tan blando; en el asiento
solo queda la madera.

TERESA. ¿Qué hay por el pueblo?

D. TADEO. Noticias

importantes: una de ellas
alegre, la otra algo triste.

TERESA. Pues cuéntenos la primera.

D. TADEO. Subido en el campanario,
donde se pasa horas muertas
Antolin, el monaguillo,
y en donde todo lo observa;
con esa vista de lince
con que el Señor le compensa
la falta de entendimiento,
distinguió en la carretera,
hará menos de una hora,
y como á una media legua,
un licenciado de Cuba...

TERESA. (Se levanta con viveza.)

¿Será Juan?

JUANITA. (Ap.) No tengo fuerzas.

D. TADEO. No, señora; el que se ha visto
es el hijo de la tuerta:
¡Tomás!

- TERESA. Pero, ¿viene solo?
- D. TADEO. Y traerá noticias frescas
de Juanillo...
- TERESA. ¡Quiera Dios
que sean buenas! (Vuelve á sentarse.)
- D. TADEO. ¿Quién piensa
otra cosa? Y pues Tomás
cumplió el mismo día, era
del mismo cuerpo, y hoy viene,
Juan también debe estar cerca.
- TERESA. Pero el otro llega solo...
- D. TADEO. Si Tomás tiene unas piernas...
Una vez me tiró un canto
porque le dí unas palmetas,
y lancé en su busca, veinte
muchachos, la clase entera;
pero, Tomás, sorteándolos
con maldita ligereza,
cruzó ante mí muchas veces
haciéndome morisquetas,
y el vicio quedó triunfante,
y mi autoridad por tierra.
- JUANITA. (Se levanta y se aproxima al maestro.)
¿Y cuál es la otra noticia?
- D. TADEO. Es de la enferma.
- TERESA. ¿Se encuentra
peor?
- D. TADEO. Vengo de su casa.
Sigue igual: la pobre abuela
dice que se muere.
- JUANITA. ¿Cuántos
años tendrá?
- D. TADEO. Sus noventa.
- JUANITA. Las nietas son viejas.
- D. TADEO. No:
fueron conmigo á la escuela.
Sentada en una butaca
y asistida por sus nietas,

parece llena de vida
y está animada y risueña:
pero ha pedido el Viático...
y aunque el médico no encuentra
peligro, juzga piadoso
y natural complacerla.

TERESA. ¿Y la administran?

D. TADEO. Muy pronto:

será una especie de fiesta
religiosa, pues no inspira
temor ninguno la enferma.
Todos los hombres del pueblo
llevarán hachas de cera:
los chicos fueron al campo
á coger flores y yerbas,
y las vecinas preparan
un altar, que ni en la iglesia.
Vine á avisárselo á ustedes...

TERESA. (Levantándose: el maestro hace lo mismo.)

Bien hecho. Iremos á verla
y á auxiliar á su familia
en aquello que se ofrezca.
Si nos vió nacer á todos
doña Rosa... es una deuda...

JUANITA. ¿Quiere usted que me adelante?

TERESA. Dices bien: toma dos velas,
el relicario, y el fleco
de oro: tú irás mas ligera.

(Juanita toma varios objetos y se dispone á salir.)

JUANITA. Voy al instante.

TERESA. Yo pronto
te sigo. No te detengas. (Sale Juanita.)

ESCENA III.

DOÑA TERESA y DON TADEO.

TERESA. (Tomando la mano al maestro en un arranque de confianza y de tristeza.)
¡Ay D. Tadeo! Se marcha
Raimundo...

D. TADEO. Y el otro llega:
gana usted mucho en el cambio.

TERESA. (Soltándole la mano.)
Es verdad.

D. TADEO. Gana la aldea,
y la moral.

TERESA. Todos ganan:
yo sola lloro su pérdida.

D. TADEO. ¿Pérdida? Hablemos con método.
¿Honra á sus padres?

TERESA. Si niega
el amor de la familia.

D. TADEO. Muy bien. ¿Oye Misa ó reza?

TERESA. Se burla de eso.

D. TADEO. Corriente.
¿Ama á su patria?

TERESA. No: piensa
que el hombre es cosmopolita,
y la patria una quimera.

D. TADEO. Contesta usted como un libro,
y deduzco, en consecuencia,
que su hijo pequeño tiene
la cabeza descompuesta.
El mayor es una alhaja:
recuerdo con qué paciencia
recibía siendo chico
los golpes de mi correa.
Raimundo era mas rebelde,
y usted tuvo la ocurrencia

de educarle fuera, hizo
un viaje de veinte leguas
á su edad... y se perdió.

TERESA. Yo quise darle carrera.

D. TADEO. Y tal carrera ha tomado
que ya no hay quien le detenga.
Créame usted: la del humo.

TERESA. Si es mi hijo.

D. TADEO. No lo demuestra.
Usted prefiere al mas díscolo.

TERESA. No señor: es que me aterra
el porvenir de Raimundo,
y el del otro no me inquieta.
Si usted le hablara...

D. TADEO. Ya le hablo
y me aturden sus respuestas:
me llama fósil y ñoño...
señora, no me respeta.

TERESA. (Suplicando.)
No obstante... que oiga consejos.

D. TADEO. Los oye como consejas.

TERESA. Véale usted mientras salgo
para ofrecer mi asistencia:
fué usted su maestro, ¿á quién
corresponde esa tarea?

D. TADEO. Sea por Dios.

TERESA. Vuelvo pronto (Sale.)

ESCENA IV.

DON TADEO.

¡Qué asuntos me recomiendan!
Todo el mundo me confía
aquello que le molesta.
Yo anuncio á los moribundos
que tienen la muerte cerca;

yo, que no cuento con nada,
 arreglo á todos las cuentas:
 yo pido para los pobres
 siendo mayor mi pobreza,
 y elijo los municipios
 que sin recursos me dejan.
 Célibe y lleno de arrugas,
 los varones y las hembras
 me piden en sus amores
 declaraciones poéticas,
 y más de un niño he criado
 que dejaron á mi puerta
 acaso por ser yo el padre
 de un soneto ó de unas décimas.
 Cargan sobre mí los duelos
 de todos, soy una recua
 ilustrada, como dice
 mi compañero el albeitar.
 Si despues de tan contínuos
 ejercicios de paciencia
 al morir no voy al cielo,
 ¿quién se salvará en la tierra?

ESCENA V.

DON TADEO y RAIMUNDO.

RAIMUNDO. ¿Usted aquí?

D. TADEO. ¡Hola, Raimundo!

RAIMUNDO. (Con ironía.) Está usted grave y perplejo.

D. TADEO. Venia á darte un consejo.

RAIMUNDO. Será moral y profundo.

D. TADEO. Una enferma... Doña Rosa,
 recibe hoy la comunión.

RAIMUNDO. Comprendo: una invitación
 para esa fiesta piadosa.
 No faltará quien acuda.

D. TADEO. ¿Y tú? Sin impertinencias.

- RAIMUNDO. (Con fingida formalidad.)
Me lo impiden mis creencias.
- D. TADEO. ¿Cuáles?
- RAIMUNDO. Profeso... la duda.
- D. TADEO. ¡Hombre!
- RAIMUNDO. Y me inspiran desvío
esas ceremonias tristes.
- D. TADEO. ¿Qué se dirá, si no asistes?
- RAIMUNDO. Dirán que soy un impío.
- D. TADEO. Te atronarán las orejas
á insultos. ¿No te dá horror?
- RAIMUNDO. Arrostraré con valor
la cólera de las viejas.
- D. TADEO. (Encolerizado.)
¡Raimundo!
- RAIMUNDO. Rompí los lazos
religiosos: no practico.
- D. TADEO. (Asomando unas correas.)
¡Hombre! ¡Si fueras un chico
te daba unos correazos!...
- RAIMUNDO. ¡Ja! ¡ja! se finje usted lobo
y es...
- D. TADEO. (Alarmado.) ¿Qué?
- RAIMUNDO. (Pasándole el brazo por el hombro.)
Un sugeto excelente.
- D. TADEO. (Hoy no está muy insolente.)
- RAIMUNDO. Muy respetable... y muy bobo.
(D. Tadeo se desprende de los brazos de Raimundo.)
- D. TADEO. Fuí tu maestro.
- RAIMUNDO. No lo olvido.
- D. TADEO. Considerarme debieras,
pues que te dí las primeras
lecciones que has recibido,
y te enseñé...
- RAIMUNDO. A hacer palotes.
- D. TADEO. Y sufrí tu rebeldía.
- RAIMUNDO. ¡No, que usted se resarcía
con cada tanda de azotes!...

- D. TADEO. Eran por tu bien.
- RAIMUNDO. ¿Tambien?
- D. TADEO. Por eso: solo por eso.
- RAIMUNDO. Si eran por mi bien, confieso
que me hizo usted mucho bien.
- D. TADEO. Y aun fué mi mano muy blanda.
- RAIMUNDO. Protesto.
- D. TADEO. Estuve muy flojo.
- RAIMUNDO. Vamos, usted tiene antojo
de propinarme otra tanda.
- D. TADEO. La correccion auxilia
las enseñanzas morales.
- RAIMUNDO. Sí, señor; hay cardenales
que conservo todavía.
Y explicará usted lo mismo...
la manzana, Eva... el pecado.
- D. TADEO. No: se me ha recomendado
que no enseñe el catecismo.
- RAIMUNDO. Ha sido un golpe de muerte
para la escuela...
- D. TADEO. Quizás.
- RAIMUNDO. Francamente; en lo demás
estaba usted poco fuerte.
- D. TADEO. Busca un dómine mas diestro
para un pueblo en que se grita,
que la enseñanza gratuita
es no pagar al maestro.
- RAIMUNDO. Usted pronto se consuela
si le faltan los socorros:
será rico: tendrá ahorros...
- D. TADEO. ¿Rico un maestro de escuela?
Escucha: en mi juventud
prometí el esposo ser
de Jacinta, una mujer
de incomparable virtud.
Pasamos la vida toda
con afan extraordinario,
ahorrando lo necesario

para el gasto de la boda;
y tan poco de sí deja
el trabajo de mi pluma
que antes de reunir la suma
Jacinta murió de vieja.

RAIMUNDO. Prueba esa historia sucinta
la salvacion de su alma,
pues subió al cielo con palma
la buena doña Jacinta.

D. TADEO. Es verdad.

RAIMUNDO. Su mala estrella
se ha de trocar en consuelo,
cuando suba usted al cielo
para reunirse con ella.

D. TADEO. De aquí su imágen no borro.

RAIMUNDO. Mas perderá la ilusion
si al volar á esa mansion
vuela usted con ese gorro.

D. TADEO. ¡Se burla!... Esto es demasiado.

Y quieren que no le deje
perderse... Que le aconseje
su madre... yo estoy cansado.

Oye. En tu naturaleza
ha encarnado Satanás:
estás condenado, irás
al infierno de cabeza.

Ya no hay respeto àl anciano:

¡qué generacion, qué ideas!

¡Hacen falta unas correas

á todo el género humano!

(Sale furioso disciplina en mano.)

ESCENA VI.

RAIMUNDO.

¡Pobre hombre! le desespero:
no puedo dejarle en paz.
Y es un bendito, incapaz
de hacer daño, y... yo le quiero.
La verdad es que ha gastado
treinta años en enseñar,
que es tarea en un lugar
tan poco civilizado.

ESCENA VII.

RAIMUNDO y JUANITA.

JUANITA. ¡Está aquí!

RAIMUNDO. ¡Juanita!

JUANITA. Vengo

por un rosario bendito
para el altar. ¿Quieres verle?
Va á ser un altar magnífico.
Qué de cintas y pañuelos,
cuánta seda y cuánto cirio;
cuajado está de reliquias
y de adornos preciosísimos.
En los jarrones hay flores
de los colores mas ricos,
y tan frescas, que conservan
en sus hojas el rocío.
Todo el suelo está sembrado
de romero y de tomillo,
y en una copa de plata
quemán incienso los chicos.

Cada cual lleva un adorno,
una alhaja, un ramo, un signo
de devocion, ó una prueba
de respeto y de cariño.

Y las lámparas que arden,
y los cirios encendidos,
y las flores y el incienso
embalsaman aquel sitio,
y le alegran con sus galas
y deslumbran con su brillo.

La misma enferma dirige
todos los preparativos,
y en su animado semblante
se revela el regocijo;
y de tal modo su gozo
comunica á los vecinos,
que solo hay triste en la casa
la imágen de Jesucristo.

RAIMUNDO. ¿De veras?

JUANITA.

Van las muchachas
con sus mejores vestidos,
y los mozos van saliendo
con sus trajes de domingo;
todo el mundo hácia la iglesia...
la plaza hierve en corrillos,
para tanta concurrencia
faltarán hachas, de fijo,
y se disputan el palio
los que se juzgan mas dignos;
nunca he visto tanta bulla,
tanta union, tantos amigos,
ni un Viático que salga
sin lágrimas ni suspiros.

(Se oye la campana de la iglesia.)

Ya la campana le anuncia,
ya nos llaman sus sonidos.
Ven, Raimundo.

RAIMUNDO.

Me dan ganas ...

Pero... sería ridículo.

JUANITA. (Con tristeza.)
Para el tiempo que has de estar
con nosotras... Ya ha venido
Tomás.

RAIMUNDO. (Con gozo.) ¿Dónde está?

JUANITA. En la plaza,
descansando del camino.

RAIMUNDO. Me alegro.

JUANITA. ¡Qué descastado!
A mí me ha dado un fastidio...

RAIMUNDO. Vente á América, Juanilla,
á correr tierras conmigo.

JUANITA. No me gustan esas bromas.
Iria, con mi marido,
y doña Teresa...

RAIMUNDO. Pues,
y con todos los vecinos:
en familia.

JUANITA. Sí, en familia,
apenas he conocido
la mia, y sé por lo tanto
el valor de ese cariño.

RAIMUNDO. Preocupaciones de aldea:
mira, el hombre no ha nacido
para hundirse en un terreno
como el tronco de un olivo.
La familia que le clava
en el hogar es un vínculo
perjudicial, insufrible...

JUANITA. Es un afecto...

RAIMUNDO. Extinguido.
Pierden sus hijos los padres,
quedan sin padres los hijos,
y nada ocurre; unas lágrimas
y es asunto concluido.
La familia acabará
en lo que resta de siglo,

y vivirán ambos sexos
 dulcemente confundidos:
 no habrá en el siglo que viene
 ni parroquias, ni registro
 civil, ni viudas, ni huérfanos,
 ni casadas, ni maridos.

JUANITA. ¡Calla! que dá miedo oírte:
 tu corazón está frío.

RAIMUNDO. Aun se quema si le miras
 con esos ojos tan lindos.

JUANITA. (Dirigiéndose á la puerta.)
 No me engañan tus palabras;
 cuántas veces me lo has dicho.
 ¡Tomás llega!

RAIMUNDO. Iba en su busca.

JUANITA. Voy al instante á advertírselo
 á tu madre. (Sale.)

ESCENA VIII.

RAIMUNDO Y TOMÁS, que viste el uniforme del ejército de Cuba,
 con galones de sargento y una cruz roja en el pecho.

RAIMUNDO. (Saliéndole al encuentro.) ¡Bienvenido!
 ¡Tomás!

TOMÁS. (Con vacilación.) No sé: le confundo...

RAIMUNDO. ¿No me conoces? Raimundo...

TOMÁS. (Abrazándole.)
 Qué... Si estás desconocido.

RAIMUNDO. ¿Y Juan? Dí, le despediste...

TOMÁS. (Contrariado y vacilante.)
 En Cuba...

RAIMUNDO. Y ¿quedaba sano..?

TOMÁS. Sí. (¿Cómo digo á su hermano
 que el pobre Juan ya no existe?)

RAIMUNDO. Y ¿no te dió para mí
 un buen apretón de pecho?

TOMÁS. (Abrazándole con emoción.)

Me encargó un abrazo estrecho
la última vez que le ví.

- RAIMUNDO. Tiene el pobre un corazon
que una dama envidiaría,
recuerdo con pena el dia
de nuestra separacion.
Y esta sensibilidad
en mi carácter, no explico:
era yo entonces muy chico,
vestigios de aquella edad.
Entre sus brazos me alzaba;
al verme reir reía,
todos mis gustos hacía
y, es claro, yo le adoraba.
Pero... te veo muy majo... (Señalando la cruz.)
- TOMÁS. Juntos ganamos las cruces
tu hermano y yo.
- RAIMUNDO. (Sonriendo.) Cómo luces
ese colgajo.
- TOMÁS. (Disgustado.) ¿Colgajo?
- RAIMUNDO. ¿Hasta en viaje te lo pones?
- TOMÁS. La llevo en mi único traje.
- RAIMUNDO. (Dándole golpecitos en el hombro.)
Pues si la usas en viaje,
¿qué harás en las procesiones?
- TOMÁS. Es mi gala de soldado,
y la usaré con frecuencia,
porque tengo la evidencia
de lo bien que la he ganado.
Deben pesar como el plomo,
deben tenerse escondidas
las cruces inmerecidas
que se obtienen... no sé cómo.
Mas la que se gana á prueba
de trabajos y de honor,
se presenta sin rubor
y honra el pecho que la lleva.
- RAIMUNDO. Sí, sé que te corresponde.

- TOMÁS. Esta cruz la he recibido
de la patria...
- RAIMUNDO. Concedido.
Y ¿qué es la patria? Responde.
- TOMÁS. (Vacilando.)
¿Eh? No me sabré explicar.
- RAIMUNDO. No es fácil, tan de repente.
- TOMÁS. (Con calor.) Un cariño que se siente
sin poderlo remediar.
Por ejemplo, allá, en campaña,
es, la indignacion honrosa,
la ira en que el pecho rebosa
al grito de «¡Muera España!»
Que es mas ruda, que es mas fuerte,
contra los que, bajo cuerda,
hacen que el fruto se pierda
de la sangre que se vierte.
De noche, en el campamento,
es el asunto forzado
de los cuentos del soldado
rendido y calenturiento.
Que habla siempre con placer,
risueño ó en tono grave,
de un pais que nadie sabe
cuántos volverán á ver.
Y su recuerdo desgarrar
y anima los corazones,
y hace improvisar canciones
al compás de la guitarra.
En aquellas soledades
es la patria... lo que obliga
á soportar la fatiga
y el fuego y las tempestades.
Un breve espacio del mundo
del que se apartó entre abrazos,
y hácia el cual tiende los brazos
el soldado moribundo.
Es, Raimundo, una virtud

que lleva al hombre á la guerra,
y á morir en esa tierra
la flor de la juventud.
Un grito del corazon
que les conduce á la muerte,
porque ese grito es mas fuerte
que el estruendo del cañon.

RAIMUNDO. Extraña virtud que excita
á matar al semejante.

TOMÁS. (Mirándole con recelo.)
Raimundo ¿eres laborante?

RAIMUNDO. Hombre, nó: cosmopolita.
Mi patria no tiene nombre.

TOMÁS. ¿Cuál es tu patria, Raimundo?

RAIMUNDO. Es todo lugar del mundo
habitado por el hombre.

TOMÁS. (Que muera por esta gente
tanto hombre lleno de fé...

Merece que se le dé
la noticia de repente.
Suceda lo que suceda.)

(Le coge de la mano y se dispone á revelarle brusca-
mente la muerte de Juan, cuando aparece DOÑA
TERESA.)

Oye...

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA TERESA y JUANITA.

TERESA. ¡Tomás! (Tendiéndole la mano.)

TOMÁS. (Estrechándosela.) ¡Qué iba á hacer!
¡La madre!... ¡Pobre mujer!

TERESA. ¿Y mi hijo Juan?

TOMÁS. (En esta y las demás respuestas equivocadas, dará mues-
tras de malestar y de vacilacion.)

Allí queda.

TERESA. Y... ¿qué le detiene ahora?

- TOMÁS. La tierra... le despedí
en el campo...
- TERESA. (Con desahogo.) ¡Ah! ¿Queda allí
descansando?...
- TOMÁS. Sí, señora.
- RAIMUNDO. No varía. Siempre ha sido
cómodo; hacemos contraste.
Apuesto á que le dejaste
tendido...
- TOMÁS. Cierto: tendido.
(Esto es atroz.)
- JUANITA. (En su acento
cierta tristeza se advierte...)
- TOMÁS. (¡Qué ciegos! No ven la muerte
por mas que se la presento.)
- TERESA. Yo abrigo un temor profundo;
el que espera desespera.
¿Vendrá?
- RAIMUNDO. No es fácil que quiera
quedarse en el otro mundo.
Pronto espero su llegada.
- TERESA. Pues yo estoy muy recelosa.
¿Le hará falta alguna cosa?
- TOMÁS. No necesita de nada.
(No me atrevo á entristecerla.)
(A Doña Teresa, disponiéndose á salir.)
Voy... no he visto todavía
á mi madre... (Ella me envía...)
- TERESA. (Empujándole hácia la puerta.)
¿No la has visto? Corre á verla.
Cada minuto es un año
para una madre que aguarda...
- JUANITA. ¿La llamo?
- TERESA. (A Juanita.) ¡Qué se retarda!
- TOMÁS. (Su ternura me hace daño.)
Voy á verla...
- TERESA. ¡Calla! ¡calla!
Te esperan...

TOMÁS. Volveré presto.
 TERESA. Hablaremos mucho...
 TOMÁS. (Esto
 es peor que una batalla.)
 TERESA. El pensar cuánta caricia
 le hará su madre, consuela.
 TOMÁS. (Saliendo.) (Diré al maestro de escuela
 que dé la mala noticia.)

ESCENA X.

DOÑA TERESA, JUANITA y RAIMUNDO.

RAIMUNDO. ¡Doña Teresa!... (Con alegría.)
 TERESA. ¿No tienes
 nombre mas grato que darme?
 RAIMUNDO. ¿No es el de usted?
 TERESA. Es el mio;
 pero, dí, ¿no soy tu madre?
 RAIMUNDO. Por eso no necesito
 repetirlo á cada instante.
 Decia, doña Teresa,
 que cómo va mi equipaje:
 Juan, si ya no está embarcado
 estará para embarcarse,
 y América me reclama
 con urgencia...
 TERESA. Te complaces
 en multiplicar la pena
 de tu partida.
 JUANITA. Sí: sabe
 que hace daño, y lo repite.
 RAIMUNDO. (Impaciente.) Buenc: deberé encerrarme
 entre estas cuatro paredes,
 donde nada me distrae,
 porque no hay nada.
 TERESA. ¿No es nada
 nuestro cariño? ¡Qué ultraje!

¿Nada te dice esta casa,
ni la fuerza de la sangre?

RAIMUNDO. Ya sé que usted ha leído
La novela de Cervantes.

TERESA. Hay novelas, y esa es una,
que están llenas de verdades,
y hechos ciertos, que parecen
invenciones repugnantes.
Cuando buscabas con gozo
mis caricias maternas,
¿cómo sospechar que un día
llegaras á despreciarme?
Hoy evitas mi presencia,
y cuando niño, al dejarte,
ibas por toda la casa
desconsolado llamándome.
No eres el mismo: te escucho
y examino tu semblante,
y espantá la diferencia
que hay entre el hombre y el ángel.
Todo era entonces sonrisas
cariño, inocentes frases;
ya para mí solo tienes
indiferencia ó desaires.
En tí gasté mi ternura,
por tí he llorado á raudales,
y he rezado por tu dicha
ante todas las imágenes.
Hoy de mi lado te ausentas
y pretendes alejarte,
como cuando dos extraños
se encuentran en un viäje,
y al terminar la jornada
se separan sin mirarse.
Abandonas esta aldea,
como si aquí no dejases
corazones afligidos,
recuerdos inolvidables.

y quien rece, si navegas,
 por el pobre navegante.
 Nada te importan las gentes
 de la aldea, ni los árboles
 que has visto crecer en torno
 de sus huertas y heredades,
 ni la casa en que has nacido,
 ni el cercado en donde yacen,
 esperándonos á todos,
 las cenizas de tu padre.

RAIMUNDO. Tiene usted mucha elocuencia,
 ha estado usted admirable,
 señora...

TERESA. (Con imperio.) ¡Madre!

RAIMUNDO. (Retirándose y con ironía respetuosa.) Está bien:
 me alejo, señora madre.

ESCENA XI.

DOÑA TERESA Y JUANITA, la primera se dirige á esta llorando.

TERESA. No nos quiere.

JUANITA. Le perdemos.

TERESA. No hay quien le detenga.

JUANITA. Nadie.

TERESA. Moriré...

JUANITA. De nada sirve
 nuestro afecto.

TERESA. Ni que pase
 llorando por su partida
 las noches interminables.

JUANITA. Nunca volverá.

TERESA. Y si vuelve,
 para mí llegará tarde.
 Tú le verás.

JUANITA. (Llorando.) No, señora.

TERESA. ¿Le amas?

JUANITA. (Ocultándose en el seno de doña Teresa.)

Mucho.

TERESA. (Estrechándola.) Niña, abrázame;

y cuando nos deje solas,
nos distraeremos llorandole.

(Quedan llorando abrazadas.)

ESCENA XII.

DICHOS, DON TADEO.

D. TADEO. (En el fondo.) Sea por Dios. No hay dolor
en que yo no tome parte.

Veamos de dar el golpe
de una manera suave.

Es mi sino dar disgustos.

(Reparando en el llanto de las señoras.)

¡Ah! ¡Están llorando! Lo saben.

Las malas noticias llegan
sin que las anuncie nadie.

Me he evitado la explosión
primera...

(Juanita y doña Teresa han visto á D. Tadeo y enju-
gado las lágrimas: doña Teresa se sienta.)

(A doña Teresa.) Hay que resignarse...

TERESA. Soy muy desgraciada...

D. TADEO. Es cierto.

TERESA. Pierdo un hijo...

D. TADEO. Es deplorable.

(No hay duda: lo sabe todo.)

Si lo conocí al instante.)

Dios nos prueba en esta vida;
habitamos en un valle

de lágrimas; pero en la otra

Dios abre el cielo á los mártires.

TERESA. Y tan mártir.

las lágrimas de su madre.

(Se dirige á la puerta por donde salió Raimundo y golpea en ella.)

ESCENA XIII.

DICHOS, RAIMUNDO.

JUANITA. ¿Qué hace?

TERESA. (Golpeando la puerta.) ¡Raimundo! ¡Raimundo!

RAIMUNDO. (Saliendo.)

¿Qué ocurre?

D. TADEO. (Se acerca á la puerta del fondo y hace señas á Tomás.) ¡Fuí un inhumano!

TERESA. Que ya no tienes hermano,
y que estoy sola en el mundo.

RAIMUNDO. (Sobrecogido.)

¡Juan ha muerto!

TERESA. (Con ímpetu.) Huye al instante:
deja esta casa vacía.

RAIMUNDO. ¡Juan ha muerto!... (Lloraría...
si no estuvieran delante.)

JUANITA. (A doña Teresa, señalando á Raimundo.)

¡Tiene baja la mirada!

Su rostro indica dolor.

TERESA. (A Juanita.) ¡Ah!... ¡Sí!... ¡Y dice que el amor
de la familia no es nada!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y TOMÁS.

TERESA. ¡Tomás!

TOMÁS. Señora...

TERESA. De aquí
salisteis juntos, Tomás,
y me abrazó en donde estás,
la última vez que le ví.

Vuelves solo, los abrazos
de tu madre has recibido,
yo, á mi hijo, ni aun he podido
verle muerto entre mis brazos.
Yace entre gentes extrañas...
Habla: ya ves; me hallo fuerte:
puedes contarme la muerte
del hijo de mis entrañas.

TOMÁS.

(Adelantándose.)

Tres meses há. ¡Qué emocion
tan horrible! ¡Qué combate!
Aun á su recuerdo late
y tiembla mi corazón.
Ocultos en la trinchera
los insurrectos estaban;
nuestros soldados gritaban
«¡Viva España!» y ellos «¡Muera!»
Uno se lanzó indignado
al enemigo; tras él
otro, y todos en tropel
salimos tras el soldado.
Atacamos en monton;
los jefes ya no mandaban,
y las balas nos diezmaban
en aquella confusion.
Enemigos emboscados
nos envuelven de repente;
entró el pánico en la gente,
y quedamos derrotados.
—¡La bandera!— uno gritó
ya á salvo desde una altura:
miramos á la llanura,
y aquello nos reanimó.
El combate aun proseguia,
quedaba un grupo luchando;
pero el grupo iba menguando,
y otro de muertos crecia.
Y en los brazos de un sargento,

y de enemigos cercada,
 la bandera, desgarrada,
 llamaba á su regimiento.
 Yo no sé cómo lo hicimos,
 ni con cuánta rapidez.
 Nos miramos... y á la vez...
 sin hablar nos comprendimos.
 Bajamos como un torrente,
 y con tal furia cargamos,
 que vencimos y tomamos
 la trinchera frente á frente.
 ¡Cada hombre se hizo una fiera,
 al ver á Juan que no huía,
 y nos llamaba, y caía
 abrazado á la bandera!

TERESA. ¡Hijo mio!

JUANITA. ¡Qué valor!

D. TADEO. Me hace llorar su heroísmo.

RAIMUNDO. (Su relato, á un tiempo mismo,
 infunde orgullo y dolor.)

TOMÁS. A los disparos postreros,
 con el dolor mas profundo,
 cercamos al moribundo
 sus jefes y compañeros.
 Y se apeó el general
 por honrarle, y, conmovido,
 puso en su brazo caído
 una insignia de oficial.

D. TADEO. (Afectado.) Sí, merecía una faja.

TOMÁS. Poco despues espiró;
 la bandera que salvó
 le servía de mortaja.

TERESA. (Con ansiedad.)
 Y... ¿no habló nada?

TOMÁS. Un momento.
 Fué un testamento de guerra:
 yo, con la rodilla en tierra,
 escuché su testamento.

:

Al observar mi emocion,
me dijo en tono severo:
—No llores, Tomás, que muero
por la patria...

(Tomás mira severamente á Raimundo: este baja los
ojos.)

RAIMUNDO. ¡Qué leccion!

TERESA. ¡Sigue!

TOMÁS. Me estrechó la mano,
y del pecho se quitó
la cruz roja, y exclamó:
—Esta cruz para mi hermano.

RAIMUNDO. (Enternecido y alargando las manos hácia la cruz:
Tomás la retira.)

¡La cuidaré con afan!

TOMÁS. Si es un colgajo...

RAIMUNDO. (Con calor.) Mentí.

TOMÁS. No hay patria.

RAIMUNDO. (Con la mano en el pecho.) La siento aquí.

TOMÁS. ¿Cuál es?

RAIMUNDO. La patria de Juan.

(Tomás le entrega la cruz y le abraza.)

TOMÁS. (A doña Teresa.)

Mi madre tendrá un profundo
pesar, me dijo afectado:
que... no llore... y que á su lado
viva amándola Raimundo...

TERESA. ¡Sigue!

RAIMUNDO. (¡Que todo me acuse!...)

TERESA. ¿Nada te dió para mí?...

TOMÁS. El escapulario...

TERESA. ¡Ah, sí!...

el que yo misma le puse.

TOMÁS. (Entregando el escapulario con temor.)

Perdone usted si la aflijo...

¡Valor! ¡Ea!

TERESA. (Con gran emocion.) ¡Está manchado...
de sangre!

- TOMÁS. La de un soldado
valiente.
- TERESA. ¡¡ Sangre de mi hijo!!
(Queda inmóvil y temblando: la vista fija en el escapulario.)
¡ Nunca tormentos mayores
rasgaron mi corazon!
¡ Ay! os llaman con razon
la Vírgen de los Dolores.
Vos érais su protectora,
vos preservábais su pecho
de las balas... ¿ Qué habeis hecho
del hijo mio, Señora?...)
- TOMÁS. Yo le ví, cuando moría,
sonreír, besando esa imágen
- TERESA. (Besando precipitadamente el escapulario.)
¿ Y permitís que os ultrajen
mis labios, Vírgen María?
Solo á Vos al lado se halla,
de los hijos que caen muertos,
en el mar, en los desiertos,
y en los campos de batalla.
Perdonad la queja triste
de una mujer afligida,
y sed Madre, en la otra vida,
de un hijo que ya no existe.
Sobre su tumba lejana
nadie vela sino Vos.
(Se oyen á lo lejos las campanillas del Viático.)
- D. TADEO. Arrodillémonos: Dios
va á despedir á una anciana.
(Todos se arrodillan, excepto Raimundo, que se descubre sin embargo con respeto, y que, como á su pesar, va poco á poco inclinándose, mientras dice lentamente:)
- RAIMUNDO. Me recuerda la agonía
de mi hermano ese sonido:
él anunciará algun dia

tambien, el postrer latido
de mi madre...

(Cae de rodillas junto á su madre y la besa la mano.)
¡Ay, madre mia!

(Todos se levantan, excepto Raimundo: todos dan muestras de contento y ternura.)

TERESA. (Volviéndose hácia el sitio por donde sonaron las campanillas del Viático.)

¡Señor! ¡Nadie os ruega en vano!

RAIMUNDO. No abandonaré el hogar

TERESA. (Alzándole y abrazándole.)

Pierdo un hijo y otro gano.

(Levantando el escapulario y dirigiéndose á la Virgen.)

¡Gracias! (Rompe á llorar.)

Ya puedo llorar,

por Juan, por tu pobre hermano!

(Juanita y Raimundo abrazan á doña Teresa: don

Tadeo dá la mano á aquel: Tomás se coloca en el

lado opuesto.)

D. TADEO. (A Raimundo.)

Esta generosa accion

contigo me reconcilia.

TOMÁS. Necesita el corazon,

la patria, la religion

y el amor de la familia.

(Cae el telon.)

FIN.

Se vende en Madrid á 4 rs. en la Librería de
los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de
Carretas, núm. 9.

4347

REPERTORIO DRAMATICO DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES
QUE DIRIGE EL TEATRO DE LA ALHAMBRA.

LOS
ESPÍRITUS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO EN PROSA

DE

DON JOSÉ P...



MADRID

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUIRRE
calle del Cid, número 4 (Recoletos).

1874

4

Se vend
los *Sres.*
Carretas

de

